

## ¡QUE NOCHE TAN BUENA!<sup>(1)</sup>



La noche era fríisima. Escampado y sereno el cielo, estaba revestido el firmamento de un azul claro que regalaba la vista. Las contadas almas que transitaban por las calles, arrebujadas en sendas capas y abrigos, corrían á grandes tramos, metiéndose á toda prisa por la puerta de sus casas. Todo por efecto del frío que penetraba hasta los huesos con avarienta codicia. Tiempo hacía que no se conoció otro igual.

El silencio y quietud de las calles contrastaba con la animación que se advertía dentro de las casas. Aquí todo era luz, movimiento, bullicio, algazara. En los artísticos palacios, mansiones de la opulencia, escuchábanse alegres canciones acompañadas del piano: á ratos oíanse grandes risotadas y ruido de copas que chocaban y de voces que decían: «Brindo por la salud de...» Esta alegría no era ajena aun á las más humildes y modestas; en ellas el ruido de las panderetas mezclábase con el bullicio y la zalagarda que metían los que bailaban dentro.

Contemplado el cuadro así de fuera, aquella noche daba un solemne mentís á todos aquellos que lloran las miserias ocasionadas por las estrecheces de la vida; una noche ideal sin una sola gota, al parecer, de acibar que amargara la existencia.

Al poco rato, y serían eso de las once, no se veía transitar una sola alma. Hasta los serenos, se creyeron eximidos de su servicio y no aparecían por ningún lado.

El lector habrá comprendido ya que hablamos de la Noche de Navidad ó la Noche Buena, que remoja al anciano y al mozo le da vida; de infinita amargura para el desterrado, nebulosa y pálida para quien no tiene donde reclinar su cabeza.

(1) Rogamos á las publicaciones que nos dispensan el inmerecido honor de copiar nuestros cortos trabajos, se sirvan indicar su procedencia. (N. del A.)

## II

Al pié de un soberbio hotel, al fausto y la ostentación levantado, donde la vanidad se alberga y el orgullo tiene pasajero asiento, hallábanse dos rapazuelos, niño y niña. Mal cubiertas sus tiernas carnes con miserables trapos, la niña sostenía en sus manecitas una pandere-ta que bailaba con el solo tiritar de sus ateridas manos; el niño un violín de marca acreditada por la necesidad. De pie y con la firmeza que les permitía sostenerse en tal actitud el frío de la noche, empezaron á tocar y cantar, todo en una pieza una alegre tonadilla. Nadie se advirtió en aquella aparatosa morada de la presencia de los precoces músicos ó si se advirtieron, bien se estaban ellos allá sentados á la mesa, teniendo á su vera viandas á qué quieres boca, para que se molestaran por nadie.

—Vamos á tocar de nuevo, dijo la niña á su hermanito, que tal era el compañero que tenía á su lado. Y colocando su instrumento bajo la barba, repitieron la canción. Pero esta vez, el frío les había robado las fuerzas, y al muchacho se le escapó de sus manos el arco del violín y á la niña cayósele la pandere-ta, que fué rodando por los suelos.

En aquel momento comenzó la música en la habitación. Los dos renacuajos sentáronse sobre la dura piedra y acurrucaditos procuraron calentarse al arrimo de sus cuerpos. Luego entablaron la conversación siguiente:

—¿Por qué, Periquín, llaman Noche Buena á esta?—dijo la niña.

—Porque nació el Niño Jesús.

—¿Y hacía tanto frío como hoy?

—Mucho más.

—¿Y tenían casa?

—No se la quisieron dar.

—¿Y que comer?

—Tampoco.

—Entonces, como nosotros, Perico Como nosotros—exclamó regocijada la chiquitina.

Cuando en estos coloquios se entretenían, abrióse con estruendo una de las ventanas del palacio. Una oleada de vapor, efecto de la temperatura que en el salón se disfrutaba, se esparció por los aires.

Asomó una cabeza de mujer, á cuya presencia y ruido, levantaron los niños sus cabecitas como pajaruelos en el nido. Al pronto escuchóse una voz que desde el interior gritaba: «Cierra, mujer, cierra, que si no *agarramos* una pulmonía que nos llevará á ultra tumba». Cerróla con fiero empuje y quedaron los niños desencantados y fuera de toda esperanza.

—Vámonos de aquí,—dijeron resignados los pobrecitos, y dirigieron sus pasos acera adelante.

### III

La animación por las calles era grande. Iban á dar las doce de la noche cuando por todas partes sonaban las músicas y coplas de los que se encaminaban á la misa del gallo. La alegría y escenario que momentos antes había en lo interior de las casas, se trasladó al exterior, que semejava mejor báquica fiesta que solemnidad religiosa. Periquín y su hermanita se mezclaron tambien entre la muchedumbre y no se les volvió á ver más el pelo de la ropa durante aquella función. ¿Estarían muriéndose de frío en algún rincón? ¡Pobrecitos!

Después de terminada la misa, todavía quedaron algunos grupos que recorrían las calles, sin dar paz á sus gargantas ni descanso á sus piés. En el interior de un enorme caserón que por sus trazas severas parecía un edificio público, de aquellos en donde *toda incomodidad tiene su asiento*, tocaban alegre música de violín. A sus puertas, un hombre, envuelto en recio capote, parecía hacer la guardia.

—¿Qué es esa música?—le preguntamos.

—Nada. Dos arrapiezos que andaban vagando por esas calles, y los hemos metido aquí.

—Entro?

—No hay inconveniente.

Al amor de la lumbre, alegres como unos pajaritos, estaban los dos jóvenes calentando sus contraídos cuerpos. Una mujer atizaba el fuego y preparaba algo de comer en tanto que Periquín y su hermanita sostenían este coloquio:

—¡Qué frío tendría el Niño! ¿verdad, Periquín?

—Sí. ¡Cómo temblaría!

—¡Y qué hambre!

—¡Ea, niños; á comer!—dijo la mujer.—Son las sobras de nuestra

cena, pero bien pueden aprovecharse. Sirvióles un buen plato de berza, besugo, bacalao en salsa; escanció vino en abundancia, una copita de Jerez con pastelitos, y al fin café caliente.

Después de tan opíparo banquete, sus cuerpos parecieron recobrar nuevas fuerzas; los ojos chispeaban y la lengua deslizábase ligera y sin estorbos. Tomaron sus instrumentos y ejecutaron una pieza con pasmosa habilidad y destreza. Tan alegres notas jamás había arrancado Periquín á su Stradiwarius ni su hermanita zarandeado su pandereta con más vertiginoso movimiento.

En la alegría de su suerte exclamaban: ¡Qué noche más buena la Noche Buena! Y el violín chillaba cada vez con más fuerza y la pandereta daba volteretas por los aires.

.....  
 .....  
 .....

¡Oh! sarcasmo de la vida.! Lo que la opulencia les negara, con mano pródiga les dió la estrechez. Donde creyeron encontrar la muerte, hallaron la vida. ¡Caridad humilde, bendita seas!

La necesidad socorrió la necesidad. He ahí un hermoso ejemplo.

Levántanse soberbios palacios para alojar á un solo hombre. ¿No sería mejor construir modestos edificios para albergar á tantos desgraciados que no tienen donde reclinar su cabeza?

IGNACIO BELÁUSTEGUI, *Pbro.*

Diciembre 1902.

